

## Complejidades éticas del aula y la vida profesional: el caso del cotilleo

Patricia White

University College London-Institute of Education  

Traducción: Laura Camas Garrido y Sara Manzano Carretero

<https://dx.doi.org/10.5209/ritie.95459>

**ES Resumen.** El análisis de cinco ejemplos de cotilleo en un contexto escolar pone en duda la opinión generalizada de que el cotilleo es censurable o trivial. La discusión de los ejemplos pone de relieve la magnitud considerable de complejidad ética en la vida profesional del docente que en gran medida no se ha examinado. Nos recuerda que el cotilleo puede promover las virtudes de la solidaridad y el compañerismo, puede ser de gran ayuda para la deliberación moral y decisivo para descubrir fallos morales sistémicos en el funcionamiento de la institución. Se concluye que el cotilleo puede ser permisible y que a veces, en una situación éticamente compleja, los profesores pueden decidir que es su deber profesional cotillear.

**Sumario:** Problemas de definición. Primer ejemplo: lo bueno de la mutualidad y el apoyo. Segundo ejemplo: ¿lo bueno de la mutualidad y el apoyo? Tercer ejemplo: una ayuda para la deliberación moral. Cuarto ejemplo: ¿un pasatiempo agradable? Quinto ejemplo: cotilleos y “manos sucias”. El cotilleo y sus complejidades éticas en las instituciones educativas. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** White, P. (2024). Complejidades éticas del aula y la vida profesional: el caso del cotilleo. *Revista Internacional de Teoría e Investigación Educativa*, 2, e95459

Cotillear suele dañar a las personas involucradas (a los cotillas y a los cotilleados) y puede perturbar el buen funcionamiento de las instituciones. La opinión negativa sobre los cotilleos es prácticamente universal (véase Emler, 1994, p.117, Cuonzo, 2008, p.131). En el peor de los casos, es malo (clasificado en *Romanos 1:29* con el asesinato y la envidia) y, en el mejor, trivial (Kierkegaard, 1962, p. 81). La postura ética adecuada para los educadores parece sencilla. El cotilleo debe tratarse como el acoso. Los educadores deberían evitarlo y educar a sus alumnos para que hagan lo mismo. Las instituciones educativas deben tener códigos de conducta profesional que lo prohíban.

### Problemas de definición

Pero, ¿qué es exactamente lo que hay que evitar o proscribir? Es difícil precisar qué es el cotilleo con una definición clara que lo distinga de la inocente charla trivial, porque la frontera entre el cotilleo y la charla trivial a menudo puede ser borrosa (Collins, 1994, p.106; Taylor, 1994, p.34; Spacks, 1985, p.4; Westacott, 2012). Para abrir el debate sobre las complejidades éticas, permítanme ofrecer dos definiciones aproximadas.

La conversación trivial puede describirse como una charla informal entre dos personas o un grupo sobre temas “neutros” o “seguros”. Estos temas varían según la localidad. En las grandes ciudades de las zonas ricas del mundo occidental con climas templados, pueden ser el tiempo, los problemas de transporte que han surgido recientemente, la decoración de la sala en la que se reúnen o, tal vez, algunos temas de actualidad. Si se trata de hablar de personas, se tratará de transmitir información sin emitir juicios de valor.

El cotilleo puede caracterizarse por el hecho de que normalmente dos personas (pero pueden ser más) hablan de una tercera persona que no está presente. En algunos casos, el objeto del cotilleo puede ser varias personas o un grupo. La conversación de los cotillas no es simplemente un intercambio de afirmaciones de hechos sobre la(s) persona(s) que no está(n) presente(s), sino que implica una mezcla de interpretación, evaluación y juicio (aunque sólo sea implícito) de sus acciones. Puede incluir tanto el lenguaje corporal como el verbal<sup>1</sup>.

En una reunión, un profesor pregunta a otro dónde está Eleanor, una tercera compañera. El profesor le contesta que está enferma *otra vez*, poniendo los ojos en blanco, y añade que ayer estaba bien. De hecho, le había dicho que anoche iba a una bolera para celebrar el cumpleaños de su hermana. “Ya”, responde el primer profesor. Intercambian miradas inquisitivas. Esto es territorio del cotilleo.

Se ha argumentado que lo que hace que el cotilleo sea incorrecto y algo que debe evitarse es que los cotillas son observadores distantes y superiores que distorsionan y menosprecian la experiencia de la persona de la que hablan y, de este modo, no reconocen el valor y la dignidad de la otra persona (Taylor, 1994, p 45). Dado el compromiso fundamental con el respeto a la otredad, en el corazón de la vida moral, el cotilleo nunca puede ser aceptable.

Pero, ¿puede haber “cotilleos inocentes” que escapen a esta crítica? ¿Puede incluso haber cotilleos en las instituciones educativas que *promuevan el compañerismo* y los valores educativos?

En lugar de una prohibición general del cotilleo, es necesario un enfoque más matizado. Cinco ejemplos de cotilleo alejan el debate de las certezas en blanco y negro y ponen de relieve una zona gris de complejidades éticas en gran medida no reconocidas en la vida profesional del profesor.

### Primer ejemplo: lo bueno de la mutualidad y el apoyo

Julia, una joven profesora y nuevo miembro del equipo de informática de su colegio, está entusiasmada con el último proyecto del equipo sobre seguridad en Internet. En una de sus reuniones periódicas, Angela, la jefa del equipo, dice que es vital que encuentren formas de implicar activamente a las familias. En respuesta a la petición de Angela al grupo, Julia se ofrece a redactar una carta para las familias en la que se describa el proyecto. Angela le pide que revise el borrador antes de la próxima reunión. Angela se muestra exigente en su examen de los diversos borradores que Julia elabora y revisa. Ángela no reconoce los esfuerzos de Julia por incluir a la familia en el proyecto y por redactar una carta clara pero no condescendiente.

Julia empieza a preocuparse de que su ineptitud y la necesidad de volver a redactar sin parar le esté dando más trabajo a Angela que si lo hubiera hecho ella misma. Empieza a dudar de si debería estar en este equipo, si ni siquiera puede hacer el primer trabajo para el que se ofrece voluntaria. Pierde rápidamente la confianza en sí misma.

En ese momento, confía sus preocupaciones a otros dos profesores del grupo. Ellos la tranquilizan. Ángela está deseando que este proyecto salga bien, ya que, aparte de lo obvio que resulta, será una forma de implicar a más familias en la escuela, algo que actualmente preocupa especialmente al centro. Angela también está totalmente “centrada en la tarea” y rara vez ofrece palabras de aliento. Da por sentado que estás tan comprometido como ella con la tarea, sea cual sea, y que no necesitas que te engatusen ni te halaguen. Y están de acuerdo con que ella es un poco perfeccionista. Además, parece tener problemas de pareja en este momento, añade uno de ellos. Le dicen a Julia que han recibido exactamente el mismo trato en el pasado y que es un poco desalentador, por no decir desconcertante, hasta que entiendes lo que está pasando y te das cuenta de que no eres tú. Una de ellas bromea diciendo que Ángela es muy buena haciendo las cosas, pero que quizá debería hacer un curso de habilidades sociales.

Julia se siente tranquila. Otros colegas con más experiencia han recibido el mismo trato, así que no tiene motivos para pensar que ella es inadecuada. Después de varios borradores, en la siguiente reunión Angela da las gracias a Julia, dice enérgicamente que cree que ha elaborado un borrador claro de carta para las familias e invita a hacer comentarios. Julia y sus colegas intercambian miradas.

Esto puede verse como una situación en la que los cotilleos (sobre Ángela) fomentan un compañerismo solidario en el grupo (frente a Ángela los miembros del grupo están todos en el mismo barco), y un proyecto que merece la pena avanza sin problemas. Pero, ¿qué pensaría Angela de todo esto si supiera que los miembros del grupo hablan de ella a sus espaldas? Se le ha inculcado un carácter determinado y se han afirmado ciertas «verdades» sobre ella. No ha tenido oportunidad de enmendar o corregir las creencias sobre la base sobre la que otros (Julia) actúan ahora.

En defensa de este tipo de cotilleo podríamos decir que es razonablemente benigno. Si lo supiera, Ángela estaría de acuerdo en que es una persona perfeccionista y centrada en las tareas, que a veces se olvida de mantener a la gente a bordo. Puede que le moleste que se haga referencia a sus “problemas sentimentales”, aunque sean ciertos, porque cree que la mención que hacen de ellos los cotillas implica una falta de profesionalidad por su parte al dejar que esas cosas afecten a su trabajo, pero puede que esté dispuesta a admitir que no es algo atroz decir algo así de alguien. Por lo tanto, el contenido del cotilleo

<sup>1</sup> Los comentarios que recibe una estudiante de su profesor en una conversación cara a cara con los directores del curso no son cotilleos, como tampoco lo es una conversación entre dos examinadores antes de un examen de doctorado sobre el candidato. Estos incidentes se producen en un marco formal y estructurado que requiere el tipo de conversación descrito. Los cotilleos, al igual que las conversaciones triviales, se producen fuera de esos marcos. En estas situaciones formales, los estudiantes o los examinadores pueden, por supuesto, caer en el cotilleo, pero entonces estarían transgrediendo las normas que definen la situación y saliéndose del marco formal. Dicho esto, no cabe duda de que también hay casos límite imaginables.

no es falso, rencoroso o gravemente hiriente. En el lado positivo, ha ayudado a los miembros del equipo a estrechar lazos y ha mantenido su trabajo en el buen camino.

Pero un defensor de la creencia de que los cotilleos nunca son aceptables puede sostener que, aunque Ángela tolerara el hecho de que algunos miembros del grupo hablaran a sus espaldas, no debería hacerlo. Es una falta de respeto, una situación “humillante” para ella (Taylor, 1994, p.43). Julia, seguiría el argumento, debería haberle confesado a Ángela sus preocupaciones sobre si estaba preparada para el trabajo y haberle dicho que no debería haberse ofrecido voluntaria.

Pero se trata de una estrategia de alto riesgo para Julia, porque Ángela no la conoce bien y puede hacer todo tipo de suposiciones: que quiere retirarse del grupo, que es una persona que “arma jaleo” y no una trabajadora en equipo. Dado que, en este caso, el cotilleo no está obviamente descartado por motivos morales, parece, en conjunto, una forma benigna de afrontar una situación delicada.

El defensor del enfoque de tolerancia cero frente a los cotilleos puede replicar que la balanza no está tan equilibrada. En el escenario de los cotilleos, si el trabajo del grupo avanza bien y no se alborotan las plumas, no se afrontan los problemas de trabajar con Ángela. Es posible que vuelvan a surgir y que la gente tenga que volver a trabajar en torno a ellos. Esto no es justo ni para el equipo ni para Ángela, que es tratada con condescendencia como alguien que no puede hacer frente a nada que parezca una crítica a su forma de trabajar.

Pero esta respuesta asume que la situación de los cotilleos es la resolución moral final del problema. No tiene por qué serlo. La conversación entre Julia y las otras dos profesoras sirve a un propósito inmediato: mantener al grupo cohesionado en el proyecto. No impide que los cotillas planteen en otro momento cuestiones sobre la forma en que Ángela gestiona el trabajo en equipo. De hecho, probablemente, desde todos los puntos de vista, haya un momento y un lugar mejores para abordarlos.

En este primer ejemplo, por tanto, parece que los cotilleos, aunque no estén totalmente exentos de problemas, a veces pueden ser benignos (es decir, no perjudicar gravemente a personas o instituciones) y producir sentimientos colegiales que son decisivos para ayudar a que los proyectos prosperen.

### **Segundo ejemplo: ¿lo bueno de la mutualidad y el apoyo?**

Un segundo caso en el que el cotilleo fomenta la solidaridad entre un grupo se basa vagamente en una investigación sobre el acoso escolar (Evaldsson y Svahn, 2012). Yaasmiin, una de las 6 niñas de un grupo de once años, tiene que reunirse con un profesor del equipo contra el acoso escolar. Yaasmiin es informada de que una “niña anónima” ha denunciado que ella y sus amigas han estado acosando a una niña llamada Emilia. Según la política del centro, las familias de Yaasmiin y de sus amigas recibirán una carta.

Yaasmiin deduce de la entrevista que la “chica anónima” es Emilia. Al comentarlo con sus amigas, Yaasmiin les dice que Emilia Larsson “se ha chivado” a un profesor de que la acosan y que todas sus familias recibirán cartas diciendo que la han acosado. Las chicas se preocupan mucho al pensar en las cartas que recibirán. El grupo está de acuerdo en que no la han acosado. Ha habido “risas y cosas así”, pero están de acuerdo en que Emilia no sabe lo que es el acoso de verdad.

De este modo, Emilia se convierte en la ofendida. La llaman chivata, mentirosa y loca. Las chicas se ven a sí mismas como partes inocentes que ahora tendrán problemas con sus padres y madres por culpa de la demente de Emilia. Deciden que la acción de Emilia merece un castigo físico; un miembro del grupo debe darle una paliza. Las habladurías han servido para definir las acciones de Emilia como moralmente incorrectas y dementes, y la visión de las amigas como normal y sus acciones como justificables.

Esto es lo esencial del incidente descrito en el artículo. Es posible extrapolar e imaginar que los cotilleos del grupo -que vuelven a presentar a Emilia como la agresora y a ellas mismas como las víctimas, y que todo lo que han hecho no es acoso, sino “risas y tal”- hacen que las chicas sientan que se han comportado con sensatez y normalidad. Ahora se sienten algo más cómodas a la hora de enfrentarse a sus familias. Los cotilleos tranquilizan, como en el caso de la preocupada Julia del primer ejemplo, pero *no son* igual de benignos y defendibles.

El cotilleo se utiliza para construir una “buena historia”, un relato alternativo para cuando las chicas tengan que enfrentarse a sus familias. Se diferencia del caso de Julia en que las chicas implicadas en los cotilleos, mientras se aseguran a sí mismas que son víctimas inocentes, se confabulan para perjudicar a la persona de la que se habla (Emilia).

Un tercer ejemplo sugiere que el cotilleo puede desempeñar un papel más positivo en la vida institucional.

### **Tercer ejemplo: una ayuda para la deliberación moral**

Un nuevo y joven profesor, Robin, ve a un profesor veterano, Gordon, salir de un aula a un pasillo gritando a un ayudante de clase “¡espabila, no habrá próxima vez!”. Ella parece al borde de las lágrimas. Esto preocupa a Robin como colega profesional.

Por un lado, el comportamiento de Gordon le parece irrespetuoso, poco profesional, censurable y, al mismo tiempo, extraño y fuera de lugar. Pero luego se pregunta si realmente está fuera de lugar o si sólo tiene una imagen parcial de Gordon, a quien antes consideraba un hombre amable y amistoso. Robin no lo conoce bien. Da clases en otro departamento de otro edificio escolar y sus caminos no se cruzan a menudo. No se atreve a hablarle directamente del incidente. Se encuentra en una especie de dilema porque le parece mal simplemente encogerse de hombros y no hacer nada, sobre todo porque su reciente formación inicial le ha hecho consciente de que esas actitudes desdeñosas pueden perpetuar con demasiada frecuencia una cultura de abuso.

Robin decide plantear la cuestión discretamente a otros colegas. Un par de profesores jóvenes se sorprenden tanto como él y le preguntan qué es exactamente lo que cree haber visto y oído. Dos profesores de más edad con los que Robin mantiene conversaciones por separado se muestran al principio evasivos. Ambos dicen que Gordon es muy competente, que obtiene buenos resultados en los exámenes, etc., pero que no son amigos personales suyos. Cada uno añade, un poco a regañadientes, que en realidad no les cae bien. Lo que cada uno de ellos dice a continuación, con ligeras diferencias, concuerda bastante. Mientras que Gordon es considerado y cortés con aquellos a los que considera sus iguales, han sabido que en ocasiones Gordon trata a aquellos a los que considera sus inferiores de un modo que roza el abuso.

Este breve ejemplo nos muestra cómo puede utilizarse el cotilleo en casos de deliberación moral seria. Una objeción obvia podría ser que las habladurías y las afirmaciones poco sólidas obtenidas de los cotilleos no son de gran ayuda en este tipo de deliberaciones. Para contrarrestarla, permítanme ampliar algunas características de este caso imaginario.

Al igual que Julia en el primer ejemplo y Yaasmiin y sus amigos en el segundo, Robin está deliberando sobre lo que debe hacer. Sin embargo, su caso difiere del de estos dos, ya que no está implicado personalmente, sino que es un espectador. Si va a hacer algo, tiene que averiguar de qué se trata. Su preocupación (a diferencia de la de Yaasmiin) es averiguar la *verdad del asunto*. ¿Es el comportamiento de Gordon realmente una flagrante extralimitación de las normas profesionales y morales o hay alguna explicación para ello que lo hace, si no inocente, al menos excusable?

Cuando la gente utiliza el cotilleo con el objetivo de intentar comprender las acciones de alguien, no se limita a hacer preguntas y luego decir “Sí, ya veo”. Los dos jóvenes profesores a los que Robin pregunta por Gordon le interrogan sobre qué es exactamente lo *que* cree haber visto. Podemos imaginar que preguntan: ¿estás seguro de que eso es lo que ha dicho? ¿estaba gritando de verdad? ¿había alumnos alrededor? ¿cómo reaccionaron?

En el caso de los dos profesores mayores con los que habla, Robin tendrá que indagar por su cuenta. Querrá, por ejemplo, indagar en su referencia al trato de Gordon a los inferiores. En respuesta a las preguntas de Robin, puede que ambos mencionen un incidente desagradable con un conductor de autocar durante una excursión escolar. Robin puede preguntar: ¿Cómo lo sabes? ¿Estuviste allí? ¿Qué ocurrió entonces? ¿Alguien denunció el incidente al director?

Al mismo tiempo, Robin tendrá que tener en cuenta que ambos profesores mayores no son amigos personales de Gordon. De hecho, dicen que no les cae bien. ¿Qué relevancia tiene esto? ¿No les cae bien porque lo ven como un hombre cuyo comportamiento está influenciado por consideraciones de estatus, o existe una larga venganza entre ellos?

Este ejemplo ilustra el uso del cotilleo para averiguar datos necesarios para la deliberación ética. Hay que reflexionar detenidamente sobre cuándo se debe recurrir a él, hay que tomar decisiones delicadas sobre qué decir a quién, cómo decirlo y cuándo, y hay que tener cierta habilidad para animar a los demás a revelar información. También hay que cribar cuidadosamente lo que se oye y, a veces, cuestionarlo. Code sostiene que “el cotilleo es un instrumento muy afinado para establecer verdades sobre las personas” (Code, 1994, p.101) y este ejemplo intenta ilustrarlo.

El caso de Robin cotilleando entonces, es que, dadas las circunstancias, puede ser la forma de actuar menos mala cuando intenta decidir qué hacer con este incidente de forma que cause el menor daño posible a todos los implicados en la comunidad relativamente unida de la escuela. Robin también ha aprendido que tenía razón al no ignorar este incidente. Ahora puede plantearse qué hacer más allá de este punto.

#### **Cuarto ejemplo: ¿un pasatiempo agradable?**

Ninguno de los ejemplos anteriores de cotilleo carece de problemas éticos. Yaasmiin y sus amigos sobrepasan claramente los límites morales al difundir mentiras sobre Emilia y fomentar la violencia contra ella. En el caso de Julia y en el de Robin, el cotilleo sólo puede defenderse como la opción éticamente menos mala.

Entonces, ¿tienen que enseñar las familias y los docentes a los niños que el cotilleo es siempre moralmente problemático? ¿Es “la práctica social de charlar con conocidos amistosos sobre terceras personas que conocemos y sobre aspectos de su vida privada” (Collins, 1994, p106) algo que niños y niñas deben aprender a evitar? ¿O puede ser a veces el cotilleo una actividad inocente, que, en ocasiones, la gente puede disfrutar?

Dos jóvenes profesores, Trevor y Tamsin, llegan a la escuela y charlan sobre su jefe de departamento, de quien han oído que va a tener un cachorro, sin haber tenido nunca un perro. Especulan sobre lo que les espera a él y a su pareja: los muebles arañados, los pelos de perro por todas partes, los paseos en las frías mañanas de invierno y las facturas del veterinario.

Entonces ven a Cressida, Directora de Ciencias, aparcar su todoterreno en el aparcamiento de la escuela e intercambiar sonrisas cómplices sobre el hecho de que su trayecto a la escuela es de tres kilómetros. Se recuerdan mutuamente sus recientes intervenciones en las reuniones de personal sobre los paneles solares recién instalados y la necesidad de políticas para hacer de Sunnyside lo que ella denomina una escuela ecológica.

Puede parecer estrafalario considerar que el cotilleo desenfadado con el que Trevor y Tamsin empiezan el día es moralmente problemático, y mucho menos malo. Pero podría argumentarse, como a menudo se ha hecho, que este tipo de cotilleo no es moralmente malo, sino *trivial*, ya que las comunicaciones entre las personas deberían ser más profundas, más valiosas. Kierkegaard condena enérgicamente el cotilleo.

El Sr. Madsen está prometido y le ha regalado a su prometida un chal persa... Petersen, el poeta, va a escribir nuevos poemas, ... Marcussen, el actor, pronunció mal una palabra anoche.

Este tipo de conversación cotilla es “inexistente desde el punto de vista ideal”. Es preferible el silencio (Kierkegaard, 1962, p.81).

Si el “cotilleo inocente” no es más que una conversación trivial, ¿se prefiere el silencio? Una pérdida sería la oportunidad de que este comportamiento lingüístico señalara el reconocimiento de nuestra conexión más profunda como seres humanos, más allá de nuestra conexión instrumental como, en este caso, colegas, o como lechero y cliente. Esto no es nada nuevo: la importancia de estos intercambios triviales a la hora de afirmar o reconfirmar los lazos sociales se viene observando desde hace tiempo (véanse las referencias de Elmer a Malinowski, Bales y Berne, 1994, p.129; también Dunbar, 1996). Podría argumentarse que se trata de una *conversación trivial* y no de un cotilleo. Pero, como hemos señalado antes, la línea que separa el cotilleo de la charla trivial no es tajante. El cotilleo y la chachara se entremezclan con frecuencia en la conversación, como en el caso de Trevor y Tamsin, cuando de sus comentarios sobre los nuevos dueños del perro pasan a comentarios sobre Cressida que tienen más filo. Es el elemento del cotilleo, se afirma a menudo, lo que estrecha especialmente los lazos (Thomas, 1994, pp 53-54; Post, 1994, p66).

La importancia de este tipo de conversación íntima, pero no profunda, es subrayada no sólo por antropólogos y psicólogos, sino también por el filósofo Kant, cuyas observaciones sobre la amistad moral incluyen la siguiente observación. Aquí Kant considera el hecho de que un hombre (sic) puede querer hablar con otros sobre las personas con las que se relaciona, pero se ve frenado por la idea de que esto pueda ser utilizado de alguna manera en su detrimento. Kant sugiere:

... si uno encuentra a un hombre de buena disposición y comprensión a quien pueda abrir su corazón con toda confianza, sin tener que preocuparse por tales peligros, y además con quien sus opiniones sobre las cosas concuerden, entonces puede dar rienda suelta a sus pensamientos. Entonces no está completamente solo con sus pensamientos, como si estuviera en prisión, sino que disfruta de una libertad que echa de menos en la masa de los hombres, entre los que debe guardarse para sí mismo (Kant, 1964, p138).

Es posible ver el intercambio de cotilleos entre Trevor y Tamsin desde este punto de vista. Tal vez se haga eco de otros en los que han hablado de su aversión mutua por los perros o de las contradicciones en las que puede meterse la gente en sus intentos de salvar el planeta. Se trata de una relación distendida en la que ninguno de los dos está preocupado por si sus comentarios casuales van a ser malinterpretados, mal contados a los demás o difundidos en las redes sociales. Son comentarios desenfadados que se disfrutan como tales.

Esto plantea un valor relacionado que puede tener el cotilleo, el humor (Morreall, 1994). Muchos cotilleos no son maliciosos, sino lúdicos. Las personas que participan en los cotilleos a menudo disfrutan dando rienda suelta a su imaginación. Los cotilleos sobre los paneles solares de Cressida y su todoterreno bien podrían dar lugar a historias, tejidas para divertirse mutuamente, sobre adónde podría llevarla la actitud ecológica de Cressida. Lo que los cotillas disfrutan no es un comentario ligeramente malicioso sobre un conocido, sino la fantasía a la que da lugar. Los cotillas reconocen que, al fin y al cabo, todos somos humanos. Cressida, como la ven sus colegas, está atrapada en una contradicción, pero eso puede ser cierto de cualquiera. Nadie es coherente al cien por cien en sus actitudes éticas. Muchos cotilleos humorísticos reconocen implícitamente que “la locura forma parte de la condición humana” (Morreall, 1994, p.64).

Pero, podría argumentarse, incluso los cotilleos inocentes y divertidos pueden causar daño. En tiempos de guerra o en una dictadura brutal, la comunicación entre las personas debe regirse por una cautela general. Cualquier cosa que se diga puede ayudar al enemigo o ser tergiversada y utilizada por la policía secreta para perjudicar al cotilla y a los demás. Testimonios personales relatan cómo el cotilla puede repetir más tarde en su mente conversaciones aparentemente inocentes, preguntándose si sus palabras ociosas causaron inadvertidamente recientes redadas o detenciones policiales. Sin embargo, el hecho de que existan estas situaciones extremas no puede ser motivo para prohibir todos los cotilleos inocentes.

A menudo se sugiere que, aunque el cotilleo no cause daño, es una ocupación de ociosos. Históricamente, los hombres y los empresarios han castigado a las mujeres, a los criados y a los empleados por perder el tiempo cotilleando (Schein, 1994, p.140; Emler, 1994, p1.38). Pero esto no parece aplicarse a este ejemplo de colegas que disfrutan de un agradable cotilleo de camino a la escuela.

### Quinto ejemplo: cotilleos y “manos sucias”

El ejemplo 5 pone de relieve las ocasiones en que los adultos eligen cotillear sabiendo que están eligiendo deliberadamente -y por buenas razones- hacer algo que está mal. Este caso no se parece al ejemplo 2, en el que los niños se convencen a sí mismos de que, según su código de honor, el “chivatazo” de Emilia está mal y ellas son las inocentes. También es diferente de los Ejemplos 1 y 3, en los que los adultos, Julia y Robin, utilizan con cautela los cotilleos para intentar evitar hacer lo incorrecto.

En el ejemplo 5, los adultos saben que lo que hacen está mal, pero aun así deciden hacerlo. ¿Es eso defendible o excusable?

Rosalind es una profesora experimentada que hace tres años se incorporó a la plantilla de un gran centro de secundaria como Jefa de Historia en el Departamento de Humanidades. En ese tiempo, una serie de nombramientos de personal directivo han atraído a un gran número de candidatos internos y, en algunos casos, externos, entre los que a menudo se encuentran algunos solicitantes de comunidades étnicas

negras y minoritarias (Black And Minority Ethnic, BAME en sus siglas en inglés). De hecho, Rosalind animó a algunos de estos últimos a presentar su candidatura, ya que la impresionaron cuando supo que todos ellos participaban en un curso de liderazgo escolar en una universidad local. Ninguno de ellos, a pesar de sus excelentes currículos, ha tenido éxito. El sitio web de la escuela muestra actualmente una fila de imágenes de personal directivo masculino blanco y una mujer.

Rosalind está preocupada por ello. En una reunión del claustro de profesores, en cuyo orden del día figura un punto sobre “diversidad y planes de estudios” en relación con el próximo Mes de la Historia Negra, aprovecha la oportunidad para plantear que en los últimos tres años no se ha nombrado a ningún miembro de la comunidad BAME. Pero no consigue nada. El director del centro, Jeremy, dice que, aunque es importante, no es algo que se pueda discutir ahora.

Tras la reunión, le dice a Rosalind que comparte su inquietud. También le preocupa el hecho de que no haya candidatos de etnia negra y, por lo tanto, pocas mujeres que ocupen puestos de responsabilidad. Tras un reciente nombramiento en el área de Ciencias, se dirigió al director para exponerle su preocupación por los departamentos de Geografía, Historia y Educación Religiosa de los que es responsable. Se le respondió que siempre se siguen los procedimientos adecuados y que, por respeto a la intimidad de los candidatos, no es posible revelar detalles de las entrevistas ni de las deliberaciones posteriores del tribunal.

Rosalind se queda preocupada. Tiene que ver a uno de los subdirectores adjuntos, Derek, al que considera un colega amable y de confianza, por una evaluación de riesgos para una excursión escolar. Una vez concluido el asunto, aprovecha para plantearle su preocupación por la falta de diversidad en el equipo directivo. Tras un comienzo incierto, él se muestra más que dispuesto a hablar del proceso de selección. Le revela que el comité de selección suele estar formado por las mismas personas. El Director y el Presidente del Consejo de Administración se encargan de ello. Algunos de ellos tienen prejuicios no reconocidos sobre la forma de presentarse de las personas. “¿Entenderán nuestros hijos a ese hombre?” - Se preguntan cuando alguien no utiliza la pronunciación estandar. Otra respuesta común es la opinión de que cualquier vacilación en la forma en que un candidato responde a una de las preguntas del panel es suficiente para demostrar que no está a la altura de un puesto en esta escuela.

Cuando en un caso así Derek dice que la respuesta le parece meditada y señala el excelente currículum de la candidata y su experiencia muy relevante, varios miembros del tribunal afirman rotundamente que, aunque sobre el papel parezca buena, no sería prudente arriesgarse. Rosalind aprende esto y mucho más y empieza a comprender los obstáculos que se interponen en el camino de algunos candidatos.

Derek se ha extralimitado en sus funciones. Ha violado la confidencialidad del proceso y la confianza de sus colegas. Ha elegido romper las reglas, hacer algo que sabe que está mal. ¿Por qué? Podría ser porque el propio Derek no está contento con la situación y hasta ahora no ha conseguido hacer nada al respecto. Quizá piensa que podría haberse esforzado más. Tal vez, como hombre decente y reflexivo que es, carece de la confianza necesaria para articular la postura que le gustaría adoptar frente a sus vociferantes colegas.

Cuando Rosalind le brinda esta oportunidad, está dispuesto a cotillear sobre su visión acerca del funcionamiento del proceso porque sabe que es defectuoso y debe cambiarse. Considera que puede justificar la ruptura de la confidencialidad porque podría conducir a un cambio en estas prácticas defectuosas. Hay tanto en juego como para que merezca la pena romper la confidencialidad.

Si Derek es realmente un hombre decente con conocimiento de los graves problemas de este proceso de selección, se podría argumentar que debería haber encontrado una manera directa de llamar la atención sobre sus deficiencias. Podría, por ejemplo, haber expresado su opinión en una carta dirigida al Director o al Presidente del Consejo de Administración.

Tal respuesta ignora el contexto esbozado aquí. Derek es el hombre que es. A falta de un trasplante de carácter, puede que no se le abran otras vías en el aquí y ahora. Enfrentado a las preocupaciones de Rosalind, ha encontrado el valor para revelar los problemas. Está haciendo lo que considera correcto. La situación recuerda a la de las “manos sucias” en política, en la que un político decente puede verse obligado a cometer alguna fechoría para evitar un mal mayor (Williams, 1978, Coady, 2010, cap. 4). En este caso, para Derek, el mal mayor es la continuación de un proceso de selección viciado.

Algunos pueden pensar que no es ninguna justificación decir que Derek *siente que es lo correcto*. Una persona puede *sentir* que en una sociedad desigual debe robar un banco. Eso no lo hace correcto. Pero, ¿podemos pedirle a Derek que haga lo que *realmente es correcto* y no sólo lo que  *cree que es correcto*? Derek no tiene una visión divina: sólo puede hacer lo que cree que es mejor en la situación en la  *que se encuentra*.

Todavía se podría objetar que Derek no debería actuar conforme a lo que  *considera* correcto, considerándolo todo, si ello implica algo tan importante como un abuso de confianza. No se trata de perjudicar a un solo individuo, sino a todo un sistema basado en la confianza mutua. En este caso, la confianza mutua debe primar sobre otros valores.

Pero, ¿puede un código profesional descartar categóricamente este caso simplemente haciendo referencia a la importancia del valor de la confianza? ¿Implica además que el caso análogo de la denuncia de irregularidades es siempre incorrecto, independientemente de las injusticias que sirva para destapar? Esto sugeriría que el cotilleo de Derek a Rosalind,  *independientemente de la* mala praxis arraigada y del daño que revelara, no podría defenderse, ni siquiera excusarse, porque infringiera el valor de la confianza. No conozco ningún argumento convincente que apoye en  *todos los casos* el privilegio absoluto de la confianza sobre un intento de corregir una injusticia flagrante.

Algunas personas, sin embargo, podrían seguir manteniendo que Derek no debería haber  *cotilleado* . Pero analicemos de nuevo la acción de Derek. Podemos aceptar que Derek ha cometido una falta de confianza al

revelar el defectuoso proceso de selección, pero podemos argumentar que, positivamente, está actuando para defender el valor de la igualdad de respeto, un valor declarado de la escuela y de la sociedad en general. Ha dado un pequeño paso para apoyar este valor fundamental. (Al fin y al cabo, es el valor que da fundamento a otros valores, como la confianza y la confidencialidad). El cotilleo de Derek con Rosalind ofrece ahora a ambos *la oportunidad* de considerar, teniendo en cuenta los valores que les preocupan profundamente, cuál es la mejor forma de actuar como profesionales en esta situación. Esto requerirá una cuidadosa reflexión sobre el abuso de confianza y los valores morales y profesionales, así como sobre los aspectos prácticos que implica llevar el asunto más lejos.

## El cotilleo y sus complejidades éticas en las instituciones educativas

El tema directo de este artículo, el cotilleo, funciona aquí como una forma de centrarse en las complejidades éticas de la vida profesional cotidiana de un docente<sup>2</sup>. Por esta razón, el trabajo no se ha centrado en ejemplos moralmente reprobables de cotilleo, como la difusión de mentiras o cosas desagradables sobre personas que podrían ser ciertas, pero de las que el cotilla no tiene pruebas. Es fácil ver lo malo de este tipo de cotilleo, cuyas consecuencias nocivas sólo se amplifican cuando ocurren a través de Twitter u otros medios sociales, como dejaron muy claro las falsas acusaciones de abuso de menores contra Lord McAlpine en el Reino Unido (Solove, 2007). Los cotilleos que implican la difusión de mentiras y rumores (como en **el ejemplo 2**) están claramente mal.

Los otros cuatro casos restantes se encuentran en una escala de grises y plantean distintos tipos de complejidades éticas. El cotilleo inocente y desenfadado de Trevor y Tamsin (**ejemplo 4**) parece a primera vista el tipo de interacción que hace que los lugares de trabajo sean más agradables de lo que serían de otro modo. Tales interacciones contribuyen a crear un buen ambiente y, lejos de suprimirlas, las instituciones deberían verlas con buenos ojos. De hecho, las instituciones deberían ver con cierta cautela cualquier disposición que reduzca las reuniones cara a cara, los encuentros espontáneos en las escaleras y la posibilidad de mezclarse. Todo ello, con las pistas del lenguaje corporal que conllevan, son lugares para el cotilleo y el compañerismo.

A primera vista, los cotilleos inocentes parecen gozar de buena salud. Pero algunos podrían argumentar que tal vez estos cotilleos podrían hacer su trabajo *demasiado* bien en una institución educativa. Podría crear un ambiente demasiado acogedor. El personal responsable de supervisar el trabajo de los compañeros puede, en este ambiente relajado, estar demasiado dispuesto a pasar por alto los defectos. Pero cualquier intento de prohibir los cotilleos para evitar esa dejadez parece tener un aspecto de martillo y tuerca. Hay muchas maneras de animar al personal de la escuela a mantener el nivel profesional sin prohibir los cotilleos.

**El ejemplo 1** (en el que Julia consulta a sus colegas sobre su experiencia con Angela) ilustra la solidaridad que puede generar el cotilleo, en este caso para ayudar a que los colegas sigan trabajando en cooperación. Como el ejemplo deja claro, la situación no está exenta de problemas éticos, de ahí la necesidad de que los profesores a los que Julia consulta tengan criterio. No son *cotillas*. No son personas como las que aparecen en novelas y obras de teatro -como la Sra. Clackit en *Escuela para el escándalo* (*School for Scandal*)- que se deleitan transmitiendo las últimas noticias, sin importar a quién, cuándo o dónde. Teniendo en cuenta los posibles sentimientos de Ángela y el trabajo colaborativo del grupo, los profesores disciernen lo que le dicen a Julia.

A veces, sin embargo, un profesor se enfrenta a situaciones más inciertas, como **en el ejemplo 3** (en el que se ve a Gordon gritando al ayudante de clase), para las que no existe una regla de cálculo moral y en las que lo menos malo que se puede hacer requiere una cuidadosa deliberación ética. Robin quiere intentar averiguar qué puede estar haciendo Gordon para determinar si debe o no hacer algo al respecto. Se trata de un caso de cotilleo de tipo forense cuidadoso. Tan importante le parece a Kahneman este tipo de cotilleo que empieza y termina su libro, *Pensar rápido y lento* (*Thinking Fast and Slow*), expresando la esperanza de que mejore el cotilleo en torno al refrigerador de agua. En concreto, espera que “mejore la capacidad de identificar y comprender los errores de juicio y elección, en los demás y, en última instancia, en nosotros mismos, proporcionando un lenguaje más rico y preciso para hablar de ellos” (Kahneman, 2012, p.4). Este ejemplo indica el tipo de indagación delicada que a veces es necesaria en la vida profesional de un profesor.

**El ejemplo 5** (sobre posibles prejuicios contra candidatos BAME) es un caso de cotilleo a sabiendas para evitar lo que al cotilla, Derek, el subdirector adjunto, le parece un mal mucho mayor. Se trata de un cotilleo del tipo de los delatores. Para dar este paso se necesita cierto conocimiento de sí mismo, un buen juicio sobre los demás (incluida Rosalind, que le plantea la cuestión) y una opinión ponderada sobre los posibles resultados de su acción. También requiere valentía y despreocupación por conservar la reputación a toda costa.

Esto nos lleva de nuevo al **ejemplo 2**, el chivatazo de Emilia sobre el acoso escolar. Este es el único ejemplo en el que participan niñas y muestra a niñas haciendo algo claramente incorrecto. El cotilleo en cuestión carece de todas las características señaladas en relación con los ejemplos 3 y 5: autoconocimiento por parte de la cotilla, indagaciones delicadas para establecer la verdad, interrogatorio cuidadoso de las compañeras cotillas, valentía, etcétera. Ninguno de las niñas cuestiona la nueva descripción del incidente de acoso como “risas y tal”. Es posible imaginar que un niño podría haber dicho “Bueno, fue algo más que reírse, ¿no?” Nadie pone en duda la opinión de que Emilia está “loca” al decir, aunque sea titubeando, que el equipo antiacoso de la escuela ha pedido a los niños que se presenten si se sienten amenazados por

<sup>2</sup> Para una discusión filosófica detallada y juiciosa del cotilleo, véase Westacott (2012), quien concluye que “hay más que decir a su favor de lo que comúnmente se aprecia, y muy a menudo más que decir a su favor que en su contra” (p 99).

el comportamiento de otros. La cuestión es que estos niños no están *utilizando los* cotilleos de las formas identificadas en los otros ejemplos. Sólo están recogiendo lo que podría ayudarles a tejer una historia justificativa cuando tengan que enfrentarse a sus familias ante la carta sobre un incidente de acoso. Se trata del cotilleo como autoprotección a *toda costa*.

A través del análisis de los cinco ejemplos de cotilleo, este artículo ofrece una perspectiva sobre las complejidades éticas de la vida profesional cotidiana del docente. Sugiere que los profesores *pueden* cotillear inocentemente, haciendo su propia vida y la vida colegial más agradable. Pero lo que es más importante: puede haber ocasiones en las que los docentes juzguen si deben o deberían cotillear.

Estas ocasiones pueden ser, característicamente, aquellas en las que el cotilla es una figura subordinada en una estructura de poder. El cotilla quiere hacer lo correcto, pero no está en condiciones de hacerlo porque carece de un conocimiento detallado de la situación (Julia, Robin, Rosalind) y/o está inhibido por cualidades de carácter que le impiden adoptar enfoques directos del problema al que se enfrenta (Julia, Derek).

Desde esta perspectiva, merece la pena volver a mirar a Trevor y Tamsin. A primera vista, parece que Trevor y Tamsin son simplemente colegas disfrutando de una charla de cotilleo. Pero se ha planteado que, dentro del marco institucional de la escuela, es posible ver a estos jóvenes docentes construyendo un vínculo a través de los cotilleos, quizá no de forma totalmente consciente, que puede ayudarles en el futuro a enfrentarse a las vicisitudes de la vida profesional. Así pues, su relación de cotilleo también puede considerarse relacionada con el sistema de relaciones de poder de la institución<sup>3</sup>.

Estas especulaciones sobre las conexiones entre las estructuras de poder y el cotilleo en las instituciones sugieren que nos perdemos algo importante si consideramos el cotilleo simplemente como la elección idiosincrásica de un individuo. Hay que tener en cuenta el contexto social, tanto si nos centramos en la sociedad del siglo XVIII como en las escuelas del siglo XXI. La investigación empírica sobre el tipo de estructuras que pueden desencadenar el cotilleo no puede sino aumentar nuestra comprensión de la complejidad ética de la situación profesional cotidiana del docente (Ball, 1987).

Por último, volvamos a los profesores, Julia, Robin, Rosalind y Derek. Parece que para ellos, dentro de la estructura de sus instituciones, utilizar el cotilleo para determinar lo que hay que hacer puede ser útil. Carecen de conocimientos suficientes sobre una situación difícil, su carácter o las circunstancias actuales les impiden adoptar un enfoque directo ante el dilema al que se enfrentan. Deciden, después de considerarlo, que deberían o deben utilizar el cotilleo como lo menos malo que se puede hacer en esas circunstancias, al tiempo que reconocen plenamente que dedicarse al cotilleo siempre conlleva el riesgo (en mayor o menor grado) de causar un daño moral. Saben que no hay códigos ni libros de normas que puedan ofrecer una orientación explícita y detallada en tales situaciones. En el mejor de los casos, una concienzuda formación profesional previa y en el puesto de trabajo y una situación de tutoría mutua y colegial en la escuela o escuelas en las que han trabajado habrán proporcionado un telón de fondo para las muchas ocasiones en las que, al final, sólo pueden confiar en su propio juicio ético ponderado de que tienen el deber profesional de cotillear, al tiempo que aceptan la responsabilidad de esa decisión. Como señala R. K. Elliott (1989), no debemos pedir demasiado, ni siquiera a los docentes. "Probablemente les baste con ser sabios como serpientes e inofensivos como palomas".

## References

- Ball, Stephen J. (1987). *The Micro-Politics of the School: Towards a theory of school organisation*. Methuen.
- Coady, C. A. J. (2010). *Messy Morality: The Challenge of Politics*. Clarendon Press.
- Code, L. (1994). Gossip, or in Praise of Chaos. In Robert F Goodman and Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Collins, L. (1994). Gossip: A Feminist Defence. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Cuonzo, M. A. (2008). Gossip: An Intention-Based Account. *Journal of Social Philosophy*, 39 (1), pp. 131-140.
- Dunbar, R. (1996). *Grooming, Gossip and the Evolution of Language*. Faber and Faber.
- Elliott, R. K. (1989). Self Knowledge in Education. In Patricia White (Ed.). *Personal and Social Education*. Kogan Page.
- Emler, N. (1994). Gossip, Reputation and Social Adaptation. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Evaldsson, A-C. & Svahn, J. (2012). School Bullying and the Micro-Politics of Girls' Gossip Disputes. In Susan Danby & Maryanne Theobald (Eds.). *Disputes in Everyday Life: Social and Moral Orders of Children and Young People*. Emerald.
- Hampshire, S. (1978). *Public and Private Morality*. Cambridge University Press.
- Kahneman, D. (2012). *Thinking Fast and Slow*. Penguin.
- Kant, I. (1964). *The Metaphysical Principles of Virtue*. Bobbs-Merrill.
- Kierkegaard, S. (1962). *The Present Age*. Fontana.
- Kurland, N. B. & Pelled, L. H. (2000). Passing the Word: Toward a Model of Gossip and Power in the Workplace. *Academy of Management Review*, 25 (2), pp. 428-438.
- Morreall, J. (1994). Gossip and Humor. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.

<sup>3</sup> Estoy en deuda con Andrea English por sus comentarios sobre los cotilleos y las relaciones de poder en una reunión de la rama PESGB en la Universidad de Edimburgo en 2017, donde presenté una versión anterior de este artículo.

- Post, R. (1994). The Legal Regulation of Gossip: Backyard Chatter and the Mass Media. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Schoeman, F. (1994). Gossip and Privacy. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Schein, S. (1994). Used and Abused: Gossip in Medieval Society. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Solove, D. J. (2007). *The Future of Reputation: gossip, rumor and privacy on the internet*. Yale University Press.
- Spacks, P. M. (1985). *Gossip*. Alfred A. Knopf.
- Taylor, G. (1994). Gossip as Moral Talk. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Thomas, L. (1994). The Logic of Gossip. In Robert F. Goodman & Aaron Ben-Ze'ev (Eds.). *Good Gossip*. University Press of Kansas.
- Westacott, E. (2012). *The Virtues of Our Vices A Modest Defense of Gossip, Rudeness and Other Bad Habits*. Princeton University Press.
- Williams, B. (1978). Politics and Moral Character. In Stuart Hampshire (Ed.). *Public and Private Morality*. Cambridge University Press.

